



Las trampas de la independencia política

María de los Angeles Fernández
Directora Ejecutiva, Fundación Chile 21
Académica, Universidad de Chile

Está de moda la independencia política. Se constata desde la reivindicación de autonomía del senador Adolfo Zaldívar para no votar de acuerdo a los dictámenes de su partido, pasando por expresiones más orgánicas como el anuncio de la creación de la “bancada independiente” de senadores en el Congreso, hasta otras más vinculadas a la sociedad civil, como el grupo denominado “Independientes en Red”, liderado por quien fuera generalísima del comando de Joaquín Lavín en las pasadas elecciones presidenciales, Cristina Bitar

A primera vista, esta epidemia independentista puede resultar *cool*. Sin embargo, esconde trampas y posibles efectos que conviene desvelar.

En primer lugar, quienes votaron por un candidato al Congreso no pueden sino observar con desaliento la renuncia de éste a su partido, alterando el deseo que expresaron en las urnas. Aun admitiendo la validez de las consideraciones que motivan dicha decisión, contribuye a dejar todavía peor parados a los partidos por el uso instrumental que de ellos se revela, además de contribuir, de paso, al descrédito de la actividad política.

En segundo término, constituye un debate permanente en la literatura relacionada con la teoría del mandato discernir a quiénes representan los parlamentarios: si al partido, al



territorio o los intereses generales. Empero, refugiarse en la autonomía de conciencia no contribuye mayormente a despejar estos dilemas. El recurso a la soberanía de juicio suscita problemas, por cuanto la libertad con respecto al partido arriesga traducirse en otro tipo de fenómenos: el parlamentario puede terminar convirtiéndose en “rehén” del grupo económico o social con cuyo apoyo financiero y electoral ha obtenido su escaño.

En tercer lugar, resulta legítimo que surjan grupos que reivindiquen su derecho a contribuir con otros enfoques y propuestas al debate público de ideas. Lo incorrecto, sin embargo, es hacerlo reclamando una supuesta independencia cuando basta revisar los elencos que los componen para constatar, de inmediato, sus vínculos con plataformas e instituciones que nada tienen de asépticas en cuanto a sus visiones de mundo y preferencias ideológicas. No es justo tratar de hacer pasar gato por liebre. Una complicación más se da cuando debutan mediante el impulso de iniciativas que pretenden “oxigenar” la política, como si todo lo que se relaciona con ella fuese asfixiante, irrespirable y enrarecido. Obvia conclusión: la política sería una actividad angustiante y opresiva. Como la política en las sociedades democráticas implica un proceso de conciliación de intereses diversos, como diría Crick, así como negociaciones inevitables, no está exenta de disputas y de polémicas por cuanto sus actores tienen distintas visiones acerca de los valores que deben sustentar la organización social y de cómo dirimir las prioridades en el uso de los recursos escasos. Añádase que tanto independentismo no dejar de evocar, con preocupación, los ecos



cercanos de campañas políticas de líderes populistas en la región, cuyo origen ha sido la pretensión de independencia como un modo de evitar cualquier asociación con los partidos políticos.

Con las mejores intenciones se puede terminar reforzando las visiones negativas de la política, en vez de intentar la proyección de una imagen matizada y más cercana a lo que en realidad es: una actividad humana que incluye actividades de colaboración y de conflicto y que, por medio del recurso al poder, tiene como fin la sobrevivencia de la especie, cautelar un relativo orden social y el bienestar de las comunidades humanas.